

un catequismo y no de controversia, porque se habla con creyentes, que lo son todos en nuestra República, con excepcion de algunos pocos mentecatos medio ilustrados ó completamente corrompidos, quienes nunca han estudiado a fondo la Religion de que con tanta insolencia se burlan.

PARTE PRIMERA

LO QUE TODO CATÓLICO PRÁCTICO DEBE SABER Y CREER.

CAPITULO I.

DIOS.

Es un Sér, una Esencia, una sustancia que existe por sí mismo sin principio ni fin: que no puede dejar de existir, ni puede dejar de ser uno, indivisible, inmutable, omnipotente. Es un Sér, que encierra en sí todas las perfecciones imaginables y las que el hombre no puede imaginar, en un grado supremo, infinito, inmenso, inexplicable. Así es que el católico cree que Dios es sustantivamente la verdad, la sabiduría, la bondad, la hermosura, la grandeza, la potestad, la justicia, la riqueza; en fin, que Dios es el sumo y verdadero bien, del que emanan como de una fuente los bienes que se comunican a las criaturas.

Mas aunque decimos, y creemos, y confesa-

mos que Dios es uno y simplicísimo; sabemos y creemos al mismo tiempo que son tres las personas en esta unidad y simplicidad. Un Sér tan grande no puede ser infecundo: y así, desde la eternidad engendró en sí y de sí mismo al Verbo igual a Él en todo; y del amor infinito del Padre y del Verbo procedió el Espíritu Santo desde la misma Eternidad. No son tres Dioses. No hay primero, ni segundo, ni tercero en la Eternidad y unidad de Dios; aunque llamemos a las personas primera, segunda y tercera. Ninguna es ménos ni más que la otra. Es Dios el Padre, lo es el Hijo y lo es el Espíritu Santo; mas no son tres Dioses, sino un solo Dios. Solo hay diferencia en que el Padre engendra, el Hijo es engendrado y el Espíritu Santo procede de ambas personas. En todo lo demás, los atributos son los mismos en cada persona: lo cual se entiende fácilmente en el Símbolo de San Atanasio que todo cristiano debe saber, si le es posible, de memoria.

La Trinidad obra toda en lo que hace: y así, el Padre es creador, el Hijo es creador y el Espíritu Santo es creador. De la misma manera, cada persona, y todas juntas, son Salvador y Remunerador. Empero hay otra distincion que hacer, y es la de la persona del Verbo, que fué, y no la del Padre, ni la del Espíritu Santo, la

que se dignó de tomar en sí nuestra miserable naturaleza para redimirnos y salvarnos. Esta es la materia del capitulo siguiente.

CAPITULO II.

JESUCRISTO.

De Nuestro Señor Jesucristo, dice el símbolo de Nicea y canta la Iglesia, que es Unigénito Hijo de Dios y nacido del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas. El Verbo, pues, eterno y en todo igual a las dos personas de la Trinidad, cuando llegó la plenitud de los tiempos, se dignó tomar carne en las entrañas de María Santísima: esto es, se hizo hombre perfecto con alma y cuerpo por obra del Espíritu Santo, conservándose su Santísima Madre virgen en la Encarnacion y en el nacimiento del Señor, lo mismo que en toda su vida purísima.

Sobre este punto hay que hacer algunas advertencias para evitar muchos errores.

1.^o Que Nuestro Señor no se desprendió de su gloria en cuanto Dios, al hacerse hombre;

ni podia por un solo momento dejar de ser Dios en un todo.

2.^o Que no fué la Divinidad la que animaba el cuerpo del Señor, sino su alma, la mas pura, la mas santa y libre de todo pecado y sus consecuencias; esto es, que no tuvo la Divinidad en lugar del alma.

3.^o Que de la Encarnacion resultó una union de la naturaleza divina y de la humana, tan íntima, tan estrecha é inseparable, que quedó una sola persona con dos voluntades, dos naturalezas; mas no con dos personalidades. Más claro y breve. Jesucristo, Dios verdadero y verdadero hombre, humanado por obra del Espíritu Santo, es una sola persona, y tiene dos naturalezas, y en la humana tiene cuerpo y alma, como cualquiera de nosotros.

Naciendo de la Madre Virgen y a la vez casada con el Castísimo Patriarca Señor San José, pasó su primera niñez en Egipto, y su juventud en Galilea como un pobre artesano, y cuando llegó a la edad de treinta años, que, según el derecho de su pueblo, era la de la emancipacion; después del retiro y ayuno de cuarenta dias en el desierto, comenzó su sapientísima predicacion confirmada con innumerables portentos. El fin de ella fué su sagrada Pasion y su muerte afrentosísima; pero una y otra voluntaria co-

mo todos los trabajos de su santa vida. Últimamente resucitó al tercer dia de sepultado, y cuarenta dias después en que estuvo comunicando por apariciones con sus discípulos, subió a los cielos y allí está, como Dios, en gloria igual al Padre; y como hombre, en gloria que no tiene comparacion con la gloria de ninguno de los santos. En el fin del mundo vendrá a juzgar a todos los hombres, y a premiar a los buenos con gozos eternos, y a castigar a los malos con penas que nunca acabarán.

Para comprender el fin que Dios tuvo en su Encarnacion, su Pasion y demás obras, es necesario saber y creer lo que es el hombre, su caída, su remedio y su salvacion.

CAPITULO III.

EL HOMBRE.

Después que Dios crió en el tiempo el Universo y todo lo que comprende, como última y la mas preciosa de sus obras, creó al hombre, diciendo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Esta admirable criatura es compuesta de espíritu y materia: esto es, de cuerpo y alma. El cuerpo es pasible y corruptible: el

alma es incorruptible y nadie puede quitarle la vida, que no pende de la union que tiene con el cuerpo, como la vida del cuerpo pende de la union que tiene con el alma que lo vivifica. Así, pues, el alma es espiritual é inmortal; y el cuerpo, aunque corruptible y sentenciado a separarse del alma por algun tiempo, mediante la muerte, resucitará al fin del mundo para no morir jamás, ó lo que es lo mismo, se unirá al alma por toda la eternidad.

El hombre salido de las manos de Dios, era inocente, y por consecuencia impasible; mas puesto por su Criador en el paraíso quebrantó el precepto único que se le impuso de no comer del fruto de un árbol, instigado por la mujer que Dios habia hecho nacer de su costado: como la mujer fué engañada por la sugestion de la serpiente, cuya figura tomó el demonio para seducirla, este pecado, como de los primeros padres, raíces únicas de toda la humanidad, vició a toda la especie futura, y es el que llamamos pecado original y hereditario, de que solo fué libre Nuestro Señor Jesucristo por naturaleza, y María Santísima por gracia.

El pecado desfiguró en el hombre la imagen de Dios, lo constituyó enemigo del Criador, trastornó todo su sér, oscureció su razon, depravó su voluntad, sublevó sus pasiones y lo

predispuso para cometer otras muchas maldades. Por supuesto, el hombre criado para pasar al cielo y gozar de Dios, despues de cierto tiempo de estar en la tierra, quedó sentenciado a la muerte y a la perdicion eterna, porque el cielo se cerró para los hombres.

No habia entre todas las criaturas un sér intermedio que al mismo tiempo se interesara por el hombre, y por otra parte fuese respetable ó digno de consideracion ante Dios. Los ángeles buenos que habian sido glorificados por sus virtudes a la vez que fueron condenados los malos por su soberbia, no bastaban para obra tan grandiosa. Mas para la misericordia de Dios, tan sabio y tan poderoso, cuando se digna ejercerla, no hay imposibles. Cuando llegó el tiempo determinado por las inexcrutables disposiciones de la Providencia, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y como Dios y como hombre, fué el mediador entre el cielo y la tierra: remedió con ventaja todos los males, y para saber cómo y de qué manera, lea todo cristiano con atencion y humildad el Santo Evangelio en que están consignadas toda la vida y la doctrina de Jesucristo.

CAPITULO IV.

LA REVELACION.

Revelacion, no es otra cosa que el habla de Dios al hombre; por supuesto de una manera extraordinaria ó por medio de los ángeles. Ella es absolutamente indispensable; pues aunque la Ley divina está grabada en el corazon del hombre desde su creacion, no ha bastado para que sea bueno y justo, y ni aun para que sea racional. Véase lo que es la razon humana abandonada a sí misma en los salvajes y en todos aquellos pueblos donde no ha resplandecido la luz de la revelacion divina.

Solamente con este auxilio soberano podemos tener noticia del Misterio de la Trinidad y de otros muchos a que damos nuestra fe; aun cuando en algunos nos persuade la razon, como en la existencia de Dios, en la espiritualidad é inmortalidad del Alma, y otros puntos que no pueden negar mas que los hombres embrutecidos por sus pasiones.

La revelacion está en parte escrita, en parte enseñada: ó mas bien; se contiene en la Santa Escritura y en la tradicion. Una y otra ense-

ñada por la Santa Iglesia, *sin cuya autoridad nada estamos obligados á creer, y á cuyas prohibiciones nos debemos sujetar en este y en todos los puntos de la religion. Por esto no debemos leer ni retener las Biblias que los protestantes reparten y venden, porque están reprobadas por la Iglesia.*

Debemos asimismo creer cuanto se contiene en la Sagrada Escritura y cuanto la Iglesia ha declarado en los Concilios generales, y esto con fe divina; sin que nos sea permitido contradecir, negar ni aun dudar de que Dios ha revelado a su Esposa la Santa Iglesia estas verdades.

Nuestra obediencia y sumision no es un efecto de imbecilidad é ignorancia, como dicen los impíos; sino que nace de la certidumbre que trae consigo el plan armonioso y admirable de la Religion, su propagacion tan rápida y maravillosa, los milagros innegables de los Apóstoles y demas Santos, los martirios crudísimos y numerosísimos de los fieles, especialmente en los primeros siglos, las profecías cumplidas exactamente, y otros mil fundamentos que seria imposible referir y esplanar en este pequeño libro.

Mas como solo la Santa Iglesia católica es la que ha recibido de Dios derechamente la facultad de exponer y enseñar a sus hijos verdaderos los dogmas y puntos de fe, y las reglas y preceptos de las costumbres; necesario es que

todo creyente esté bien impuesto de lo que es la Iglesia, sus notas, sus caracteres, su autoridad y demas, y no se contenten con decir sin meditar, *creo en la Santa Iglesia.*

CAPITULO V.

LA IGLESIA.

Siempre, se puede decir, hubo Iglesia en el mundo, en razon de que nunca faltaron verdaderos y sinceros adoradores de Dios. Mas la Iglesia cristiana fué fundada por Nuestro Señor Jesucristo, quien despues de su vida privada, al comenzar su predicacion, escogió discípulos, y de entre ellos, Apóstoles, que a todas partes lo seguian, y que escuchaban sus doctrinas y eran testigos de sus obras y milagros.

Para que se vea lo que es la pobre inteligencia humana sin el auxilio de la luz divina, y lo que valen nuestras virtudes naturales sin el favor de la gracia; estos Apóstoles, ni comprendian el sentido de parábolas, hoy muy claro, ni tuvieron el valor bastante para exponerse a la muerte cuando su Maestro, a quien mucho amaban, se entregó a sí mismo en poder de sus enemigos. Mas despues de resucitado el Señor, y de

haber subido al cielo por su propia virtud; cuando se cumple la palabra que habia dado en una de sus apariciones; cuando estando reunidos en el cenáculo en oracion, como se les habia mandado, viene repentinamente sobre todos los discípulos el Espíritu Santo en forma visible; entonces parece que sale a luz la Iglesia ya concebida, engendada y vivificada por Jesucristo, y aquellos hombres ignorantes y tímidos, son ya sabios, constantes, valerosos y santos, y asombran, y enseñan, y dominan con sus virtudes, sus palabras y sus prodigios al mundo entero. Hé aquí la Iglesia: hé aquí la congregacion de los fieles regida por Cristo y por el Papa ó Príncipe de los Apóstoles, que es su Vicario. La Iglesia, pues, es Una, Santa, Católica y Apostólica.

Una. Ha sido y es en todos los tiempos, y en todos los lugares, y no se diferencia ni se divide por épocas, ni por naciones, ni por lenguas, ni por gobiernos. Una, como el Dios a quien adora, como la fe que la anima, como el Evangelio que predica, como la Doctrina que enseña, como el bautismo que es su puerta, como el Papa que la rige, como la moral que nos impone y como el fin a que nos conduce. Toda congregacion que no pertenezca a esta Unidad, es asamblea de Satanás.

Santa. Lo es la Iglesia por su Fundador, por el Espíritu Santo que la anima; por los dogmas y moral que enseña; por los sacramentos y gracias que atesora y administra; por los muchos hijos santos que ha tenido y tiene, y porque es el cuerpo místico y la Esposa de Jesucristo.

Católica. Esto es, universal en el orden de los tiempos y de los lugares: pues ha durado diez y nueve siglos sin interrupción, y desde los primeros de su fundación se extendió por las cuatro partes del mundo; contándose siempre mayor número de cristianos en la Iglesia que en las otras sectas que aparecen y desaparecen, y se limitan regularmente a ciertos lugares y razas.

Apostólica. Porque los Apóstoles enviados por Nuestro Señor, la extendieron por el mundo: propagando por escrito y de palabra, lo que de su divino Maestro oyeron y aprendieron; la gobernaron con su autoridad que se ha transmitido constantemente a los Pontífices, obispos y sacerdotes, ordenados los unos por los otros. De manera, que desde Jesucristo y los Apóstoles, hasta el último sacerdote que se haya ordenado, no se corta la cadena de transmisión de autoridad en la Iglesia.

Las notas de la Iglesia son también innegables. La Iglesia es visible, infalible y perpétua.

Visible, porque su culto es interior y exterior: sus Sacramentos tienen por materias elementos materiales y físicos: su aplicación se hace a los sentidos: sus ceremonias son públicas: sus leyes y su disciplina afectan las costumbres, y por otros muchos títulos la Iglesia es visible.

Es la Iglesia infalible, porque está enseñada por el Espíritu Santo, asistida invisiblemente por Jesucristo, dotada y enriquecida con esta cualidad por su Omnipotente Fundador; y así la llama el Apóstol columna y firmamento de la verdad. Así es que todo católico verdadero y práctico, está obligado a creer las decisiones de los santos concilios generales, y obedecer los mandatos de los Pontífices. Lo contrario es dejar de ser católico y querer hacer una Iglesia a nuestro modo.

Es perpétua, porque el Señor dijo a San Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Así está probado que nunca ha podido ser destruida; pues aunque por justos juicios de Dios, ha desaparecido de algunas naciones, ha sido para reaparecer en otras.

De todo lo dicho se infiere la autoridad que concedió el Señor a su Iglesia, sobre todos los que quisieran pertenecer a ella, fueren los que fueren. Autoridad, sobre la doctrina, la moral,

la disciplina, la administracion de sacramentos, sobre sus bienes temporales y sobre todos los beneficios que se comunican a los fieles segun su mayor ó menor mérito.

Una palabra más que nos explique la comunión de los Santos y la excomunion.

Como que la Iglesia es un cuerpo moral, sus miembros todos participan de una misma vida espiritual, aunque estén enfermos por el pecado. Así cada uno tiene parte en las buenas obras, las virtudes y merecimientos de los demás, y esto es una ventaja inmensa para todos y cada uno. Cuando un miembro se separa de esta union ó se considera separado por sentencia de la Iglesia, esto es, del Papa, ó del propio obispo, entónces este miembro, este cristiano, ni tiene parte en los bienes comunes, ni derecho a los Sacramentos, ni a otros bienes que solo la Iglesia puede conceder.

CAPITULO VI.

JUSTIFICACION.

Dicho está ya y sabido, que por el pecado del primer padre todos los hombres y mujeres, con excepcion de María Santísima, nacimos man-

chados con la culpa original. A más de este pecado, los infelices hijos de Adan cometieron otros muchos y los cometen todos los dias, faltando a los preceptos de Dios y de la Iglesia, así como a los deberes de su estado. Estas culpas, siendo mortales ó graves, nos cierran las puertas del cielo y nos abren las del infierno. Y a pesar de tanto mal, se considera y se teme tan poco, que aun los cristianos timoratos no se cuidan de saber y conocer hasta donde es posible, la diferencia entre el pecado mortal que nos priva de la gracia y el pecado venial que no nos despoja de ella, aunque siempre nos daña mucho.

Los hombres anteriores a la Redencion, y los del antiguo Testamento no podian justificarse del pecado original sino por el rito de la circuncision; ni del mortal sino por una contricion verdadera: y esto no para entrar al cielo luego despues de su muerte, sino para librarse del Infierno y esperar en el Limbo la venida del Salvador.

Cuando Jesucristo estableció su Iglesia, la enriqueció con los Sacramentos, y desde entónces los niños por el bautismo, lo mismo que los adultos, son libres de la culpa original; y los segundos, esto es, los adultos, han conseguido la gracia por el martirio, y a falta del bautismo por un ardiente y amoroso deseo de alcanzarlo